

Drago, Tito, **Centroamérica, una paz posible**, Madrid, El País/Aguilar, 1989.

La visión que un hombre posee del mundo está condicionada por el entorno cultural en el que se desarrolla. La regla que no está escrita dice: tantos hombres, tantos mundos. Lo que nos hace una hermandad es —valga esta hiperbólica afirmación— aquella duda que nos acompaña desde que nacemos, la de ¿quiénes somos; a dónde vamos?

Tanto en Europa como en América el hombre es uno. El teatro de los acontecimientos en el que ese hombre se forma, en ambos continentes, cuenta con la escenografía que poco a poco han dejado de herencia nuestros abuelos. Ancestros cuya bondad observamos en su preocupación por valores que para nosotros ya no tienen ningún sentido, o se han modificado hasta ser completamente distintos. ¿Cómo entenderían ellos la paz?

A nuestro parecer la paz es un mito muy reciente. Y si buscáramos una definición del concepto mito, acudiríamos sin duda a la del semiólogo francés Roland Barthes, que dice que un mito es un habla, un sistema. ¿Açaso la utópica paz es sólo un mito, obsesión moderna de la decadencia? ¿Eterno edén que pareciera alejarse en tanto más se busca? ¿Qué quiere decir una paz posible? ¿Una posibilidad entre tantas?

Este año de 1989 se festeja el bicentenario de la Revolución francesa y ha sucedido un genocidio en China: por un lado la algarabía, por el otro la ignominia. Asia, Europa, América: tres mundos, tres historias cuyo elemento que las equipara en la actualidad es la búsqueda de la paz. De esa palabra universal tan breve y significativa; poseedora de vías tan complejas, al parecer inaccesibles. Asimismo, en este año la editorial Aguilar en coordinación con el periódico *El País*, ambos españoles, han comenzado una serie de publicaciones que destacan por su tema: América Latina. Uno de los primeros títulos que ha llegado a las librerías mexicanas es el escrito por Tito Drago, *Centroamérica, una paz posible*.

Debo manifestar mi desconocimiento por este periodista peninsular que hoy se presenta con este

volumen, que reúne una serie de sus artículos publicados por primera vez en el citado periódico y que poseen una temática común que los unifica; una secuencia histórica de lo que ha sucedido en Centroamérica, tomando como base el encuentro que se llevó a cabo en Esquipulas, haciendo, también, un breve recuento de Contadora y su Grupo de Apoyo, hasta la premiación del Nobel de la Paz otorgado a Óscar Arias.

Podemos dividir el *corpus* en dos grandes partes. La primera destaca por la brevedad del análisis certero. Lo que significó Esquipulas y Contadora y lo que representan hoy para la política internacional de la región. Es decir, Drago a la manera del periodista que informa y da su punto de vista nos recuerda los esfuerzos que todos los países de la región han realizado para llevar a cabo, en los puntos álgidos, un cese al fuego, un ya basta del fratricidio, del descontrol de la razón, de la interferencia, hasta quedar plasmados en actas y acuerdos que son ya un paso muy importante para el logro de los objetivos deseados.

El corto pero difícil viaje a través de la historia de Centroamérica que hace Drago, nos parece el escenario que el dramaturgo prepara para la salida triunfal de su héroe, del increíble. En este caso, Óscar Arias, el muy concreto presidente de Costa Rica.

En la segunda parte, Drago, haciendo alarde de un nuevo periodismo, nos lleva al encuentro de la entrevista que realizara a Óscar Arias con motivo de la premiación del Nobel. El periodista nos descubre de ese modo al hombre, sus intereses y sus expectativas, su serenidad y su disposición. Y ya que tan de moda está eso de desnudar a los próceres —¡oh, García Márquez, cuántas noches sin dormir Bolívar!—, lo que Drago nos quiere dar en su libro es lo que Antonio Machado llamaría un hombre bueno en el buen sentido, un Óscar Arias premiado sin conocer realmente el motivo, puesto que, según él, la sensatez que lo caracteriza conlleva una modestia espiritual.

Pero hablando con sinceridad, a nuestro parecer Drago hace un encomio excesivo del mandatario centroamericano. Su participación en los procesos de paz y desarrollo, aunque destacada, no va más allá de lo deseado por un Torrijos o un Sandino. Más moderado sea en su caso Arias, pero quizás por ello más centrado en su actuación.

Lo acertado de la premiación del presidente de Costa Rica como premio Nobel de la Paz es que con ello la atención del mundo estuvo centrada en uno de los participantes más directos en los procesos de la búsqueda de paz y desarrollo en el continente, mismos que han dejado bases muy sólidas como pueden serlo Contadora y Esquipulas.

La llamada de atención a la que hacemos referencia manifiesta a su vez la que Europa tiene con rela-

ción a Centroamérica. No es en balde la premiación, por parte de la Academia Sueca, a un latinoamericano, ni tampoco la expectativa que se ha formado con el ¿festejo? del v centenario del encuentro de dos mundos.

La madurez de los mandatarios centroamericanos —quizás el objeto último de la premiación—, no es ciento por ciento producto de la academia. Porque el mandatario de algún país centroamericano se enfrenta con crudeza, sin reservas, sin entrenamientos, a las cuestiones que acaecen y que elementos perturbadores producen con su intromisión. Pero no todo es guerrilla y crímenes, no todo es llanto. Aunque pareciera lo contrario. Y es así como en este texto vemos algunas de las facetas poco conocidas, por el común del pueblo, de la vida del mandatario, hoy premio Nobel de la Paz. Drago ha querido rescatar algunos momentos significativos en la vida del estadista; lo logra emotivamente, con un discurso claro, pero no objetivo del todo.

Aun cuando pareciera un amigo sincero del continente, en algunos capítulos su visión de Centroamérica parece la del extranjero que se aproxima al pueblo bárbaro. Claro que algunas partes de Centroamérica no son un paraíso, pero tampoco puede hablarse de una barbarie plena. Y de la condición en la que Centroamérica se encuentra hoy en día, en opinión de Arias, podemos afirmar que si no se logra una mayor independencia política para con ello avanzar más hacia otros estadios positivos, esa región tendrá que considerar otras posibilidades en la búsqueda de paz y desarrollo. Como reza el poema de Machado: "Caminante no hay camino/se hace camino al andar".

Enrique Franco Calvo